

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 15 DE NOVIEMBRE DE 1900

NÚM. 521

✦ DIRECTOR, J. F. Luján ✦

A LOS PRIMEROS FRIOS



—Este traje es de rigor
en la estación invernal:
y si así empieza el invierno,
vaya, ¿le parece mal?

Cháchara alegre

No sé si ustedes se habrán enterado de que el invierno, con sus días *grises*, como diría cualquier modernista al uso, se avecina á pasos agigantados. Yo de mí sé decir que siento frío con la ropilla de verano, y que no voy á tener más remedio que ir á ver al sastre, que es para mí, en ocasiones como ésta, el mortal más antipático que existe.

Pero no constituye esto solo la nota característica del cambio de estación; otras razones de peso y otros indicios notables nos hacen comprender la proximidad del invierno, y, entre todos, descuella, como el más inequívoco, el bello sexo. Las mujeres van cambiando sus vestidos claros, de telas finísimas, vaporosas muchas veces, por la indumentaria seria, sombría, de paño ó lanillas de abrigo. Y esto que en algunas, muy pocas, hace que resalten sus gracias naturales, me desconsuela, porque en la generalidad les resta esbeltez y elegancia, haciendo que sus morbideces y sus exuberancias se oculten



más á los ojos lúbricos del observador curioso. No sé si á ustedes les pasará otro tanto; pero á mí, repito que me desconsuela el hecho, porque considero mucho más digno de la atención general las mujeres vestidas con telas que dejen traslucir, aunque no sea más que *moralmente*, sus hechizos, que ataviadas con los vestidos de la estación en que entramos ahora.

Creo que las cosas hermosas de la Naturaleza deben ofrecerse á la vista lo más claramente posible, y creo, al propio tiempo, que en el caso concreto á que aludo resulta mucho más atractivo y fascinador el espectáculo en las condiciones mencionadas anteriormente, que en las que, por desgracia, nos vemos obligados á verlo (y no dirán ustedes que peco de exigente) durante el invierno.

Y no digo nada si á los trajes vaporosos se añade la clásica mantilla, que encuadra de modo tan admirable los rostros de las bellas. Entonces sí que la ilusión es completa.

Soy un admirador de la belleza plástica, y, además, eminentemente español en esto de considerar á la hermosa mitad del género humano, y por eso no debe extrañarles á mis lectores que esta semana dedique mi artículo á hacer tales consideraciones,



Y dijo la francesa: —Pues ¿hay gracia que pueda compararse con la mía?

al ver que se alejan de mí por una larga temporada, hasta que la primavera vuelva á hacer brotar las hojas en los árboles y las flores en los jardines, las ocasiones de admirar á las mujeres, y éstas, obedeciendo á la ley por la que se embellece en esa época la Naturaleza, aparezcan á mis ojos con todos los esplendores y con todos los hechizos naturales.

Mas, no hay remedio; es preciso someterse á estos cambios que traen consigo las variaciones del tiempo y vivir con la esperanza de que no ha de ser largo el camino que nos separa de la nueva primavera, de la nueva vida, que parece aletargarse ahora, para volver á reaparecer, á despertar en fecha no lejana.

Si tuviéramos la facultad de Papuss, la mejor ocasión para meterse en la urna de cristales fuera ésta; pero no para ocho días, sino todo el invierno, con lo cual nos evitaríamos el temor de coger algún catarro ó pulmonía de los que abundan por ahí desgraciadamente.

Nada, nada; yo creo que hay que echarse á dormir, lectores míos.

Por más que á ustedes ya les supongo sumidos en el sueño de los justos antes de llegar á esta parte de mi artículo.

Y yo doy el ejemplo yéndome decididamente á la cama, no sin antes decir á mi simpática patrona:

—Doña Consolación, no me llame usted hasta el mes de mayo.

* * *

Y, en efecto; me iba á casa con la sana intención de cumplir lo que dejo dicho, cuando al pasar por delante del Teatro de Novedades, llegó hasta mí el estruendo de los aplausos. Entonces me fijé en el cartel, vi que se representaba el drama D' Annunzio *Gioconda*, y entré.

Había terminado el tercer acto, y en el salón de descanso se comentaban, en corrillos, las principales escenas de la genial producción. Se había congregado allí toda la plana mayor del modernismo y del *intelectualismo*.

Quisiera recordarles á todos; pero citaré tan sólo los que ahora se me ocurren al correr de la pluma. Entre los llamados modernistas é intelectuales, vi á Adrián Gual, Costa, Jordá, Tomás Orts-Ramos, Ruiz López, Vía, y otros. Además se hallaban casi todos los literatos y críticos que se dedican á estas tareas con provecho para el arte: Guimerá, Narciso Oller, Roca y Roca, Cadenas, Agulló, etc.

Aparte de los citados, abundaban los melencidos imbéciles, y los que, sin ser melencidos, son *niños góticos*, de esos que entran en la sala después de levantado el telón, dando lugar á que los espectadores perdieran muchas frases pronunciadas magistralmente por la Duse en la primera escena del poema que constituye el último acto de la producción de D' Annunzio.

Y ahora sí que me voy á dormir.

CARLOS RIA-BAJA.



Y dijo la española: —Vales mucho; pero ¡prueba á ponerte mi mantilla!



POESÍA NAPOLITANA

FÚNEBRE EPITALAMIO

Manises es un pueblecillo casi lindante con la huerta de Valencia y célebre en todos los ámbitos de nuestra Península por la tosca alfarería de sus cuarenta fábricas.

Proviene su nombre, según la más admisible hipótesis etimológica, de una contracción de *manisse*, que en árabe significa «lugar delicioso». Su larga zona de huerta, que se extiende en la hondonada cara á Paterna, lamida por el menguado Turia, que cabriolea caprichosamente por entre vegas y cañaverales; los clásicos viñedos que asoman por las últimas calles del pueblo; las obras hidráulicas (rica herencia legada por los árabes), acequias colgantes y subterráneas, complicado sistema venoso y arterial de la insaciable huerta; las blanquísimas *casetas* que al refractar la luz parecen sonreír, despidiendo rayos y centellas titilantes, confirman la exactitud del nombre que los árabes le dieron.

Forman los arrabales del pueblo lo que los valencianos llamamos *les coves* (1), *les covetes*, viviendas que á arañazos labra el azadón en las entrañas de la madre tierra, y que, á no ser por la limpieza y aseo procurados por las hacendosas mujeres, más parecieran madrigueras de alimañas que habitaciones de seres racionales.

Por el año 1880 vino al pueblo el expósito Huiso (2) Juan, á la sazón de la vendimia. Harto de sufrir hambre y frío en el invierno, deseando trabajo y no encontrándolo, y calor africano en el estío, despellejándose en la ingrata faena de la recolección de frutos ajenos, hoy aquí, mañana allí, aplicóse al trabajo aquel estío con tal fe y denuedo, que captóse las simpatías del tío Charro, el labrador más hacendado del pueblo y á cuyos servicios y órdenes entró el buen mozo en hora buena.

Como los jornales que las fábricas dan son mucho mayores que los que el labrador puede ofrecer, escasean los brazos para la agricultura, por dedicarse casi todos á la industria alfarera.

—Este es mi pueblo,—se dijo Huiso.

Y á la sonriente esperanza de jornal seguro y seguido, creyóse capaz de poder regar todo el secano con el sudor de su frente.

Era nuestro hombre mocetón fornido, carilleno y un si tira á barrigudo; de aspecto noble y simpático, decidido en las determinaciones, pronto en el cumplimiento de las órdenes recibidas, servicial, poco amigo de la taberna y del juego, nada pendenciero y quisquilloso, *cantaor* de *albaes* si los había, y hábil tañedor de guitarra... Vió un día en pleno campo una *coveta* abandonada, donde se refugiaban á satisfacer perentorias necesidades transeúntes y vecinos: allí culebreaban á su placer, entre ortigas, hediondecas y montículos de pedruscos, las maldicientes (3) lagartijas y colgaban las arañas sus cazadoras redes y las pródidas hormigas ensanchaban sin cesar sus catacumbas y trojes.

A ratos perdidos limpió Huiso la *coveta*, aseó sus dos angostos cuartuchos, sembró el suelo de cadáveres de lagartijas, cuyas colas separadas se retorcián convulsivamente; hizo una puerta de *cañots* atados con cuerdas de esparto; plantó en el umbral una parra para que en verano lo cubriese y alegrase con un toldo de pámpanos, y no muy lejos un peral y una higuera... ¡Con qué gozo vió por fin la *coveta* aseada y limpia, la guitarra colgada de un clavo al lado de la *canterera*, la diminuta cocina enfrascada en un hueco con su chimenea formada con pedruscos superpuestos, que sobresalía cosa de un metro del ras de la tierra; el cuerpo de sierpe de la parra recubierta de escamas rojizas, de compacto pelambre, prometiendo alegres pámpanos y racimos del color de las cerezas!... ¡Y qué grato es el trabajo cuando se saborean sus frutos agridulces!

A tiro de bala del palacio soterráneo de este héroe del trabajo, vivía con sus padres Amparo, pintora de la fábrica de Dolz y Compañía.

Frisaba Amparo en los veinte; sus mejillas parecían formadas por la espuma del río, ligeramente arrebolada.

¡Vaya un palmito! Locura fuera comparar las rosas y claveles que en los platos, aun no cocidos, pintorreaba, con los claveles y rosas de su agraciadísimo rostro. En él fijó sus ojos y su *tiraero* Huiso, siendo bien recibido por Amparo y por sus padres, pues bien lo merecía la justa fama de honrado y laborioso que gozaba.

¡Qué interesantes deben ser los idilios de esos corazones sencillos y puros; idilios en que la Naturaleza y el alma se manifiestan en su diáfana y rústica espontaneidad! Más de una vez halló Huiso, con alborozo de niño, su *coveta* barrida y pulcra como plato de cristal...; la *canterera* vertiendo jazmines y claveles y el guitarrillo adornado como una sevillana con cintas y flores.

Huiso correspondía á tanta fineza canturreando por la noche, á la virgen de sus pensamientos,

(1) Cuevas.

(2) Luis.

(3) Existe en aquella comarca la creencia que las lagartijas maldicen á Dios cuando se las corta el rabo.



—¿Hemos perdido Cuba? Bueno. Yo soy cubana y España no me ha perdido á mí.

jubilosas guajiras, todo un improvisado y tierno cantar de los cantares, y *albaes* por las mañanitas, acompañadas de los trinos y gorjeos de los pajaritos...

Así transcurrieron cinco años de dulces esperanzas, de cantos y risas...

* * *

Un día aciago visitó al pueblo el temible cólera, esparciendo por toda la comarca su mortífero vaho...

Pasaba al anochecer el carro de los muertos por las enlutadas calles, como mudo testigo del spoliarium de vidas segadas por la peste...

No por eso los mozos desistieron del proyectado casamiento: su realización inmediata casi lo exigía el peligro de quedar huérfana la moza.

Una mañana de Julio se dirigió la nupcial comitiva á la iglesia...

El luto de la población, diezmada por el cólera, aconsejó cierta gravedad fielmente respetada por aquellos honrados campesinos...

Luego de la bendición, la *Chocolatá*... ¡Cómo contemplaba Huiso á su mujercita! ¡Rediez, qué guapa estaba con el ramito de azahares á la cabeza y cubierta la esbelta cintura por los flecos del pañolón de Manila! Pero ¡ay! el hombre sueña la dicha y la aciaga suerte se la arrebató.

Sostenían los esposos, al rayar las doce, la conversación gratísima, precursora de la explosión, del desbordamiento de la pasión mal contenida...

Amparo, inflamadas las mejillas, relucientes los negros ojazos, se abandonaba lánguidamente en los brazos de Huiso, recibiendo sus primeros ardentísimos besos... De pronto se siente enferma... «Huiso, Huiset, me muero... me muero... Agua... dame hielo... Me abraso, me abra... ¡gop...!» y cayó el chocolate mezclado con un líquido pegajoso y amarillo, sobre el pecho de Huiso..

Vino el médico, recetó... Los potingues la empeoraban...

Como cosido al tálamo nupcial, petrificado por la desgracia, Huiso contemplaba con ojos espantados el terrible cuadro... Las mejillas y los labios de Amparo perdían por momentos sus vívidos colores... los ojos vagueaban mortecinos... los pies se h-laban... la lengua repetía ya maquinalmente: «*Chèl... chèl... porteume chèl...*»; lloraban los padres, lloraban las vecinas y amigos...; sólo Huiso parecía insensible á la desgracia, anonadado y aturdido por el inesperado golpe...

El carro de los muertos recogió, ya anochecido, el cuerpo virgen de Amparo, pobre flor trinchada por el vendaval de la peste...

* * *

Dos noches mortales pasó en vela Huiso á la puerta de su *cóva*... se veía la guitarra acostada en una silla, marchitas las flores, descoloridas las cintas que la engalanaron, las cuerdas flojas, no tan flojas como los nervios del burlado esposo...

A través de los brazos de la parra y del bosque de pámpanos y de verdes racimos, miraba el mancebo los cielos estrellados, que quizás en aquel momento atravesaba el alma de Amparo en etéreo coche tirado por alados angelitos.

Al decaimiento del primer día suce-



—Si siento la viudez, sólo es por esto: ¡que tenga que ponerse una el zapato si quiere verse su zapato puesto!



Aunque adoren el verano á ver, digan si no tiene
con sus luces y sus fuegos, sus encantos el invierno.

fuerza de golpes abrirlo... Levantó por fin la tapa, é insensible á los hedores pestilenciales que exhalaba el cadáver, acercó sus labios á los ya marchitos de Amparo; rególa con sus lágrimas, hablándola ternezas y nupciales coloquios, ebrio de amor; recordaba á la fenecida esposa dulces esperanzas de inefables deliquios... El viento confundía con sus misteriosos murmullos los ayes y sollozos y las palabras del enamorado mancebo...

La mañana se acercaba.

Se oía amortiguado el eco del canto alborotador del gallo...

Abandonaban los pajarillos las copas de los árboles y recogía la luna el haz argentino de sus rayos... La aurora empezó á iluminar, con sus nacarados resplandores, el fúnebre epitalamio coreado por los gorjeos de los madrugadores pájaros...

dió en Huiso un bailoteo furioso de nervios, un abrasador fuego de desesperación en las entrañas, rechinar de dientes, lucha con sueños imposibles, irrealizables... El aura sollozaba... los haces de trigo amontonados en las vecinas eras rielaban los tibios resplandores de la luna... Aquella placidez de la Naturaleza, la soledad de la cova y la más espantosa del alma turbaban el espíritu del mancebo, que, alocado, soñaba con aventuras y delirios, con luchas á brazo partido con la muerte... Empezó á pasear dentro de la cueva, como león herido en la jaula, soñando, delirando despierto... Paróse un momento, vió colgado el azadón de un enorme clavo, lo cogió, y como obediente á idea preconcebida, que exige inmediata realización, se dirigió por la *sequia tapá* camino del cementerio...

La larga hilera de cipreses, en cuyas copas los rayos de la luna se entrelazaban como hilos de plata colgados por insectos, le impresionó fuertemente... Fácil le fué escalar el cementerio, porque junto á sus paredes amontonan los campesinos las carretadas de cieno con que reparan las fuerzas de las esquilgadas huertas.

Ya dentro del pacífico reino de la muerte, empezó á cavar en el sitio en que soterraron á su Amparo.

El corazón parecía quererle escapar del pecho...; las piernas le flaqueaban, respiraba angustiosamente; el crujido del azadón al hundirse en el suelo y tropezar con pedrezuelas, le producía el efecto de las sacudidas eléctricas.

De pronto un golpe seco que resonó con fuerza en las entrañas de Huiso, estremeciéndolas, anunció la presencia del féretro... A duras penas logró sacarlo, y á

J. ALBIÑANA Y MOMPÓ.

C A Ñ I T A S

¡Qué caminito más corto
el camino del querer!
¡Y cuánto cuesta el pasarlo,
y cuánto el retroceder!

Puse á prueba tu cariño
y no me dió resultado:
¡y ahora me río de aquello
y me creí enamorado...!

Les voy á contar á todos
el amor que por mí sientes.
Los mismos que me desprecian
verás qué envidia me tienen...

J. ENRIQUE DOTRES

EN EL NIDO

ELLA, 37 años. EL, 19

Coquetona salita decorada con gusto.—Lindísimos jarrones de Sévres, que ostentan plantas de un valor inmenso.—Cojines de damasco y de terciopelo.—Muebles antiguos todos diferentes, que representan inmensa fortuna.

ELLA (*balanceándose indolente en una mecedora*).—Parece mentira que la pobre hija de aquel humildísimo San Blas de Júcar haya llegado á ser la hembra de moda, cortejada por los príncipes del talento, de la sangre, del dinero ..; la mujer á quien miman y adulan todos... todos... Aun hoy, porque aun hoy soy hermosa. (*Vuelve la cabeza, y su busto dibújase en un bruñido florero.*) Sí, sí; muy hermosa. (*Pausa.*) Carlos, Carlos... El primero á quien quise... ¿El primero? ¡El único! Nó; el único nó: hoy amo muchísimo al joven heredero del Marqués de Dombar. Le amo, y no de mentirijillas como á tantos otros. Pero no es un amor como aquél; no es tan grande, tan intenso... ¡Es más! No sé lo que me digo. Si Carlos volviese, le amaría; pero á *éste* también, con toda mi alma, y á Carlos mucho, mucho, como se quiere... cuando quiere una mujer como yo. Quizá á éste le ame porque se asemeja á Carlos... (*Asustada.*) ¡Qué pensamiento! Pero... nó, nó; mi nuevo amante es natural de esta ciudad, y... aquello ocurrió en Júcar .., en uno de los extremos de la Península... ¡Qué tiempos! Carlos fué por vez primera á visitar su patrimonio de Júcar. Siempre se hallaba á mi lado, halagándome los oídos con sus frases de amor, que allí sonaban como música del cielo. Y sucedió... lo que yo temía que sucediese, y que á los ojos de la vecindad pudo ocultarse, valiéndonos de mil tretas ingeniosísimas. Aquel pedazo de mis entrañas fué colocado en el andén. Ignoro si pereció ó si lo ha recogido algún viajero. ¡Otra vez el pensamiento ése!... Pues se lo preguntaré, vaya, se lo preguntaré para tranquilizarme. Después él me trajo á esta infernal ciudad, abandonándome así que se hastió de mi cariño... Más tarde...

La doméstica (*asomando la cabeza por la puerta, que no está del todo cerrada*).—El señorito...

ELLA (*arreglándose el tocado*).—¡Que pase, que pase!

EL (*después de saludarla*).—¿En qué te entretenías?

ELLA.—Viajando... soñando...; como quieras. Pensaba en ti, en mi pueblo...

EL.—En mí y en tus padres, ¿verdad?

ELLA.—Sí... nó... sí... ¡No sé lo que digo! ¡La alegría de verte...!

EL.—¿Me amas mucho?

ELLA.—¡Oh! ¡Mucho, mucho! (No miento.)

(*Pausa.*) Y, una cosa, pichoncito mío. Tú has nacido aquí, ¿verdad?

EL.—No; pero casi es lo mismo. Aquí pasé toda mi vida.

ELLA (*asustada*).—¡Nó, nó! ¡Cuenta .. cuéntame eso..!

EL.—Es muy poco interesante... Pero hay en esa... historia algo que á na die he referido.

ELLA.—¡Pues yo quiero saberlo!

EL.—¿Me amas?

ELLA (*impaciente*).—¿Aun lo dudas?

EL.—Nó. Y por eso no recelo en confiarte lo único que á todos, hasta hoy, he ocultado... Dónde nací, lo ignoro; ignoro también quiénes son mis padres. Sólo sé...

ELLA.—(¡Dios mío, Dios mío!) Pero... yo creí que...

EL.—Sólo sé que el bondadoso Marqués, á quien debo no encontrarme hoy sin apellido, me recogió..

ELLA.—¿Dónde? ¿Dónde?

EL.—En la estación de Júcar, provin... Pero ¿qué tienes? ¿Qué...?



¡Cómo cambian los tiempos y las cosas!
Eran antes las gentes tan sencillas

que amaban á los hombres de rodillas
las mujeres que hoy mandan orgullosas.

FRANCISCO CAMBA.



EL NOVENO

(CONCLUSIÓN)

CRUZ (*coge nerviosamente por las manos á Consuelo y la mira con angustia*).—He soñado, pues, en voz alta... y habré dicho muchas tonterías... (*Con asomo de risa histérica*). (*Volviéndose á Pepe*). Pero no es verdad lo que he dicho, no. (*Con voz de sollozos á Consuelo*). Tú no lo crees, ¿verdad?

CONSUELO.—Sí.

CRUZ (*retrocediendo espantada*).—¿Que sí? ¿Has dicho que lo crees?

CONSUELO.—Oí voces desde esa sala; le adiviné (*por Pepe*) con los ojos de la imaginación rendida, y me acerqué de puntitas para daros un susto. En seguida os vi... os vi, Dios mío, ¿cómo? ¡Hablando como él y yo (*con mucha ingenuidad*), que cuasi somos marido y mujer, no hemos hablado nunca!

CRUZ.—¿Y oíste...?

CONSUELO.—Detrás de ese mueble que sirve de muro y no es ninguna pared.

CRUZ.—¡Virgen mía de los Dolores! (*Apoya la cabeza en el respaldo de un sillón y queda llorando*).

PEPE.—¡Qué falta de piedad en el alma de las mujeres! (*Se sienta junto á la mesa y hojea un periódico*).

CONSUELO.—¡Les oía, y me entraba una congoja, un afán loco de clavar las uñas, así... (*haciendo ademán de clavárselas en el rostro*) y también de barrerlos de esta casa como basura y podredumbre que son!

PEPE.—Escucha, Consuelo...

CONSUELO (*irritada*).—¡No hables, no hables! ¡Y tú, Cruz...? ¡Tú! ¡Ay, cuando lo sepa él, el mártir!

CRUZ.—¡Nó, él nó! (*Levantando la cabeza espantada*).

CONSUELO.—El nó, ¡claro!... hay cosas que no se le pueden contar al médico, porque enfermaría también... (*Sentándose y cubriendo la cara con las manos*). ¡Hipócrita!

CRUZ (*adelantándose*).—No es hipocresía. Por mí no temo: no me asusta el dolor ni las penas más atroces me espantan: ni el martirio bárbaro en vida, ni la condenación en muerte; pero que no lo crucifiquen á él, que es bueno, que es alma pura. Ese cáliz sí que no lo trago yo. Yo pagaré, porque debo pagar, y porque me hice reo seré condenada; él no pecó; si le condenaran como á mí, más que á mí, porque eso si sería pena y martirio, no habría justicia en el cielo ni en la tierra.

CONSUELO.—¡Y que se olviden de esto las pecadoras! ¡Que pagan por su culpa los inocentes!... Pero no temas: Pedro debe de andar lejos aún, madre dormita: llegó muy cansada del camino. ¡Y qué camino! Bien decía yo que se me figuraba estar subiendo al calvario. Arriba me aguardaba la cruz.

CRUZ (*á Pepe*).—¿Ve usted cómo no puede una dejar de ser de ellos, de los suyos? ¡De nada han servido mis horas de expiación.

CONSUELO (*adelantándose resuelta y con iluminismo*).—Porque faltaba la víctima propiciatoria. Yo lo seré.

CRUZ (*sin comprender*).—¿Tú?

CONSUELO.—Yo. (*A Pepe*). Te amo, es verdad que te quiero, enamorada, como quieren las muchachas que van á casarse. No sé si tú me quieres así.

PEPE.—Te quiero, lo juro. ¿Quién no te quiere, criatura de Dios?

CONSUELO.—No sé, no importa; aunque no me quieras, sé hombre de corazón.

PEPE.—De corazón, sí; corazón sano, corazón de fuego.

CONSUELO.—No importa, no: lo que yo pido es esto: que te vayas ahora mismo, en el misterio de la noche: sin que te vea alma nacida. Será como si no hubieses venido.

PEPE.—¿Y después...?

CONSUELO.—Después no te acordarás de nosotras.

PEPE.—Eso no es posible.

CONSUELO (*con energía*).—Pues será. Prométeme que no saldrá este secreto de tu corazón: tú, mi hermana y yo: no hay más testigos.

CRUZ (*que está como avergonzada y postrada y deja hacer sin fuerzas para oponerse*).—¡Dios también lo sabe!

CONSUELO.—Calla. Prométeme que nunca comprometerás á Cruz.

PEPE.—Te lo prometo.

CONSUELO.—Por la sagrada memoria de tu madre.

PEPE.—Por mi madre, sí... Y sin eso, tú ignoras...

CONSUELO.—Ahora... ¡adiós!

PEPE.—No, yo no me voy así.

CONSUELO.—Te vas, Pepe. ¡Digo que te vas! (*Con mucho imperio*).

PEPE.—Bien, sí, comprendo que debo marcharme para no comprometer la paz de esta casa. Adiós. (*Recoge su equipaje. Vacila, como queriendo decir algo á Cruz, y se dirige á la puerta. Vuelve la cabeza antes de salir*). Adiós, Cruz.

CRUZ.—¡Adiós! (*Con angustia*).

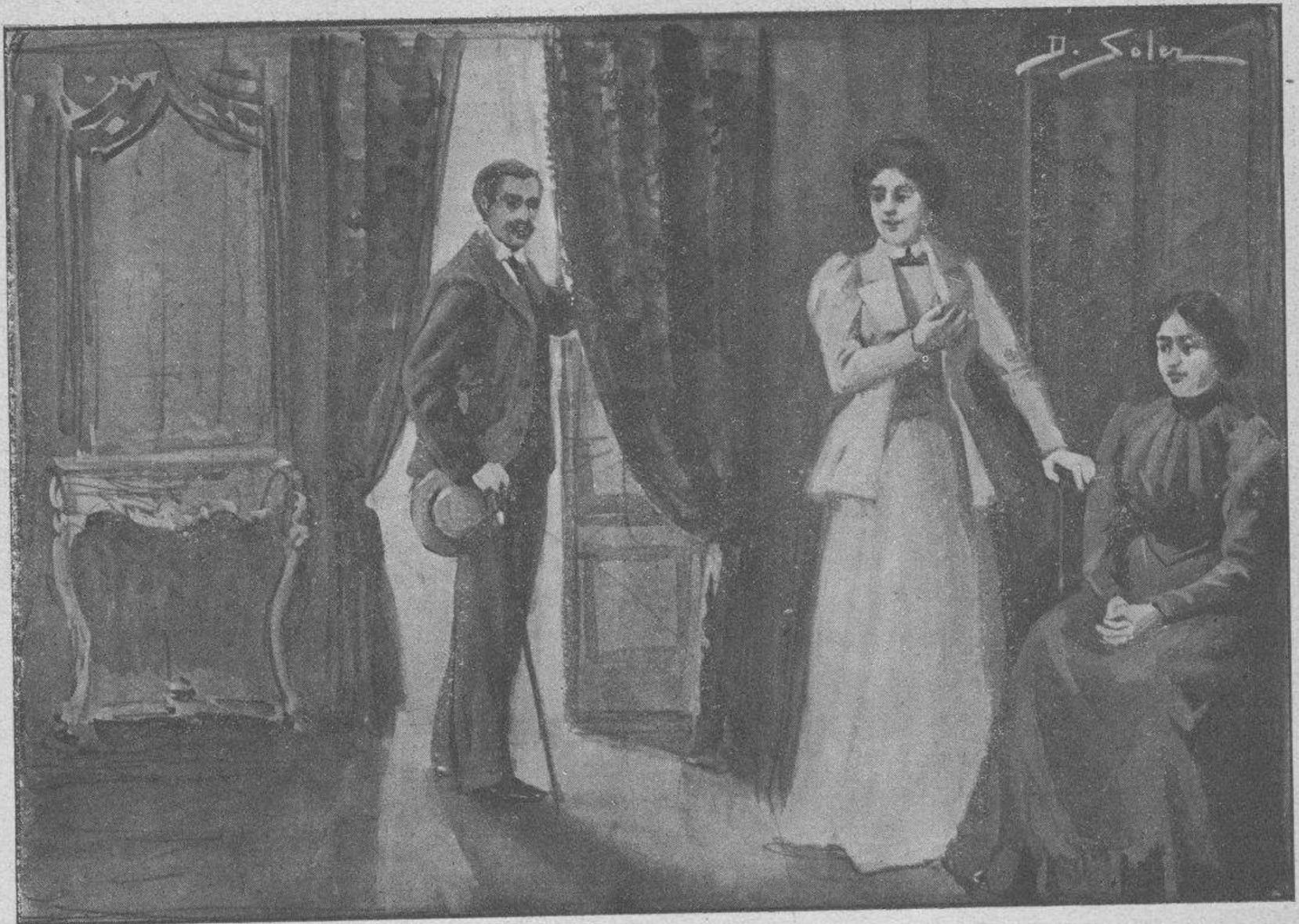
(*Consuelo le acompaña y despide*)

PEPE.—Nosotros hasta luego. No me despido para siempre, nó; te veré para que sepas que no soy ningún libertino cebado en la carne asquerosa, y no debes echarme así, como me echas.

CONSUELO.—No te echo; sales tú, porque te has

cerrado las puertas de esta familia. Adiós, adiós; vete antes que vuelva Pedro. (Sale Pepe.) (Como

si aun le hablara y le oyera.) ¡Ojalá pudiera echar-te, pero de aquí, de mi alma!



VIII

CRUZ, CONSUELO

CONSUELO.—¡Ya se ha ido! (Suspiro de satisfacción.) ¡Ya se respira!

CRUZ (como sacudiendo nerviosa é inconscientemente su postración).—¡Llámale! ¡Que vuelva!

CONSUELO (con severidad).—¡Hermana!

CRUZ.—¡Que vuelva! ¡Pepe! ¡Pepe!

CONSUELO (poniéndole una mano en la boca).—¡Chist!...

CRUZ (cayendo de rodillas).—¡Por Dios, Consuelo! ¡Llámale! Para mí el sacrificio, para ti nó: tú no eres culpable; tú eres buena.

CONSUELO (levantándola).—Levántate. Sé fuerte como yo, que no he pecado.

CRUZ.—Por eso. Se puede arreglar sin que sospechen... Estoy enferma, me acostaré, pasará esta agitación entre sábanas... Sé tú feliz; llámale.

CONSUELO.—¡Nó! (Cerrando la puerta.) ¡Adiós, ilusión dulce de la juventud! (Como interceptando la puerta con su cuerpo y los brazos extendidos.) ¡Ya no hay remedio!

CRUZ (como desfalleciendo de aquella agitación, se sienta).—¡Ay, qué fatiga!

CONSUELO (acercándose).—También yo tengo el corazón así clavado de espinas de martirio. Y tú has sido mala.

CRUZ.—Sí.

CONSUELO.—¡Muy mala! (Se sienta en la perezosa.)

CRUZ.—¡Dios! ¡Dios! ¡Qué amargor de hiel, oírse llamar mala por una boca en que la inocencia huele á perfumes aromosos!

CONSUELO (compadecida).—Siéntate á mi lado.

CRUZ.—¿En la perezosa? ¡Nunca! He renunciado á toda comodidad. El lujo quema como el fuego; quema el alma en la lumbre invisible del vicio. Tú ignoras lo que es el ruido y la fiesta; lo que es el ambiente cargado de aromas, de ecos de palabras sutiles, el calor que ahoga, el vals que marea, el vino que vivifica, la carne que nutre, el ocio dorado que exalta la materia, acariciándola un día y otro día en las arterias, en las sienas, en el corazón, con oleadas voluptuosas...

CONSUELO.—¡Y después Pepe es tan simpático! ¡Ejercen sus ojos y su palabra un dominio tan dulce!...

CRUZ (como hablando consigo misma).—Sí; no repetía las lisonjas con que nos asedian en su lenguaje empalagoso los cursis de nuestros salones. Hablaba de amor sin cortejar; á veces tomaba á mis ojos proporciones de Cristo abnegado dirigiéndose á las muchedumbres. (Estremeciéndose.) Pero nó, no es lo que te figuras. Fué... ¡Qué abominación! Quiero que lo sepas: sin disculpas del cariño que aloca, del amor que engaña... ¡Carnel! ¡carnel! ¡carnel!

CONSUELO.—No te entiendo.

CRUZ.—Había yo ido á pasar una semana á la quinta de las de Gómez de Castro; mi marido no pudo acompañarme; quedó en la Corte. A la quinta rodeaba una colonia: los Martillas, la marquesa viuda de Alora, Rocalba, el magistrado, y sus tres pimpollos, la del ministro, la de Santurces... Toda una sociedad galante, alegre, rica. Acababa de llegar Pepe de París, y se traía de allá fuera todas las seducciones, todo el arte discreto de la embaucación. No sé qué cosa nos acercó; yo le distinguí entre todos los jóvenes; él

La Saeta

me señaló entre todas las mujeres; y en la casa, en la romería, en el baile, siempre estaba junto á mí. La verdad: me halagaba su conversación cultísima, y sus ideas atrevidas y despreocupadas hacíanme reír...; pero yo no le he amado; aquello fué...

CONSUELO.—Un momento loco.

CRUZ.—La carne ahita, abandonada á la holgura: la borrachera del lujo. Por eso odio las galas, los cintajos, las piedras; la seda que corta la respiración; el oro y el cristal que deslumbran; los guantes perfumados que oprimen la piel, y el almizcle y la esencia que se introducen por los poros para envenenarnos.

CONSUELO.—Mira: no veo claramente tu falta; la imagino aquí, como cuando se distingue una hebra de luz entre nubes. (*Señalándose la frente.*) Lo que no entiendo es esto: cómo se puede olvidar una mujer de que ama á su marido.

CRUZ.—Cuando se vive como yo vivía, con el espíritu ocioso, ofuscado por sombras de pueriles vanidades, se ama... sin saber que se ama. El marido... no sé cómo explicarlo... es la mano unida á la muñeca. Se siente en nuestro ser, pero se piensa más en los dijes que la adornan que en la mano. No me olvidé de él: me olvidé de mí misma.

CONSUELO.—No te entiendo, digo.

CRUZ.—Porque está lejos de ti la culpa. Antes tampoco lo entendiera yo... ni después casi, en los primeros días. Me puse enferma de tanto como pensaba; subíase á la cabeza la sangre y era hervor de desvarío: del mal que me hacía la conciencia, acometiame afán de lloro, y porque me veía mísera y menospreciada, dábanme ganas de reír, todo á un tiempo. Me entró una postración grande ¡y unas ansias de olvido, de muerte, de reposo! El orgullo de la honradez despertó al espíritu y el pensamiento descubrió la verdad: la idea de sacrificio, de castigar la carne en todo lo que la había halagado. Quise ser humilde, aislándome del mundo, y porque no era digna del aprecio de las gentes, ni del suyo, de Pedro, me condené á estar sola, sola con mi vida de dolor.

CONSUELO.—Pues en esa vida de dolor te sigue Pedro; pero como al sol sigue la luna, vi viendo de su vida. ¡Y él que es tan bueno, y te habría perdonado!

CRUZ (*con extravío*).—No quiero su perdón: entonces mi falta quedaría impune. Por eso no la confesé. Si hubiera sabido que me mortificara, sí.

CONSUELO (*reflexiva*).—Bien. Más vale: ¿por qué hacerle desgraciado á él también con la certidumbre torpe del infortunio? Basta con que te sacrifiques tú y me sacrifique yo. Te he oído en confesión y en su nombre te perdono: él, que lo ignore siempre. Ahora volverás á su cariño, y serás razonable, ¡dí!

CRUZ.—¡Pero será engañarle! (*Con angustia.*)

CONSUELO.—Le engañaras si le mintieras los besos y las caricias. ¡Pero tú le quieres!

CRUZ.—Sí, adoro en él... (*Golpes en la puerta.*) Lllaman. (*Con sobresalto nervioso.*) ¿Cerraste?

CONSUELO.—¿Será Pedro? (*Dirigese á la puerta.*) Veamos cómo te portas, Cruz.

CRUZ (*con ademán desesperado y de súplica*).—¡No podré!... ¡no podré!

CONSUELO.—El no sabe nada.

CRUZ.—¡Lo sé yo! (*Levantándose y poniéndose junto á la mesa, donde queda de pie.*)

CONSUELO.—Pues por eso basta con que tú sufras y padezcas. (*Con expresión.*) Hermana, yo me he abnegado por la paz de la familia. (*Abre la puerta.*)

IX

CRUZ, CONSUELO, PEDRO

CONSUELO.—¡Vamos, adentro! He de darte una sorpresa.

PEDRO (*entrando*).—Ya sé: que me ganó la mano el novio.

CONSUELO.—¡Qué novio ni qué calabazas! (*Cruz distraída da vueltas á una carta.*)

PEDRO (*dejando el sombrero y el paraguas*).—Hija, llegué hasta la cruz del Puente; no he

visto sombra de hombre, y eso que mira qué noche ha quedado: noche de luna, clara, sin nieblas. Supuse que pudo tomar por el atajo, y me volví. Pero ¿por qué se cierra la puerta de esta casa? (*Nota que Consuelo lo hace.*)

CONSUELO.—Y no hay que abrirla. He ahuyentado los malos espíritus. (*Con monería.*)

PEDRO.—¡Los malos espíritus! ¡Qué encanto de mujer! Me tienes bobo.

CONSUELO.—Sí, no lo tomes á broma: tu señora estaba endemoniada. (*Santiguándose.*) ¡In nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sanctus!

PEDRO.—Pero ¿qué ha ocurrido? Porque con esta muchacha no se puede hablar formalmente. (*A Cruz.*)

CRUZ (*vacilando*).—Lo que ha ocurrido, Pedro...

PEDRO.—Ya sé, ya sé: con esa desenvoltura que la hace tan linda, te habrá sermoneado, te habrá hecho prometer...

CONSUELO.—Que tenga más caridad, más amor á su esposo. (*Sole.*)

PEDRO.—¿Y tú...?

CRUZ (*que habrá estado luchando, dando pruebas de agitación nerviosa*).—¿Yo...? Pero ¿he sido yo mala para ti? ¿He dejado de quererte? (*Riendo mucho.*) ¡Bobo, más que bobo! ¿Y tú lo creíste?... ¿Por qué? ¿Porque he deseado descansar, curarme! ¿Y á eso... á eso le llamáis desamor? (*Ríe nerviosamente.*) ¡Pero si yo te amo! (*Le*

echa los brazos al cuello.) ¿Ves cómo te amo? (*Estrechándole con mucha fuerza.*)

PEDRO.—¡Jesús, hija, me ahogas!

CRUZ (*soltándole*).—Es que no quiero que me llames ingrata, cruel, fría. (*Ríe.*) ¡Fría, cuando ardo toda yo como un volcán!



X

(CRUZ, PEDRO, CONSUELO, D.^a LUCÍA
y PALMIRA, un momento)

(D.^a Lucía y Consuelo en la puerta de las habitaciones de Cruz, sin que se interrumpa el diálogo, hablan en voz baja.—Cruz, en ésta, como la anterior escena, nerviosa, violenta, propensa á la ternura y á la carcajada histérica, como si sufriese un ataque muy atenuado de la enfermedad.)

PEDRO.—Nó, Cruz; si yo no digo... Aquella vida tan agitada, el mucho trasnochar, la excitación continua... te arrastraron á un período de postración y abatimiento que era de prever que sobreviniese. Después, las lecturas, estando la voluntad tan débil...

CRUZ.—Eso, débil... *(Pasándose la mano por los ojos.)*

D.^a LUCÍA *(á Consuelo)*.—¿Y tú hiciste el milagro? *(Siguen hablando.)*

CRUZ.—Débil; yo siento... como si hubiese algo dentro de mí que me obliga á hacer cosas que no quiero... como si abdicara yo de mi albedrío y otro en mí mandase. *(Riendo de la ocurrencia.)* ¿Has visto qué disparate, qué cosas se me ocurren? *(D.^a Lucía y Consuelo se acercan.)* Y luego, de pronto, me pongo triste, véome perversa, me gana una desazón de lágrimas, y, como ahora, después de reír mucho, se me forma aquí un peso que sube... sube como un hipo que no acaba nunca de salir... *(Cayendo desolada sobre una silla junto á la mesa.)* ¡Ay, Dios mío, yo no estoy buena, no estoy buena! *(Llora.)*

PEDRO *(conmovido)*.—No te aflijas, que ya sé lo que tienes... *(Cruz vuelve la cara compungida, mojada en lágrimas)* y te curaré. *(A Consuelo.)* Tú me has abierto los ojos: Cruz tenía los demonios en el cuerpo... los tiene aún... Por padecer de lo que ella padece han ido muchos á la hoguera... ¡Qué tonto he sido para no verlo!

D.^a LUCÍA.—Pero ¿es grave?

PEDRO.—No sé; ha de verla un médico.

CRUZ *(levantándose y formando grupo con doña*



Lucía.—Pedro y Consuelo quedan aparte también).—No es cosa de médicos: le digo á usted que nó... Los sabios son empalagosos por eso: porque de todo entienden; pero hay misterios... de aquí... de adentro, que no los aclara el mismo ser que se enreda en su urdimbre. ¡Un médico para mí mal!... *(Risa prolongada y nerviosa.)*

CONSUELO *(á Pedro)*.—Y ¿qué es? ¿Qué es?

PEDRO.—Histerismo. Influye en los nervios, en las fibras todas de nuestro ser, en las facultades mentales...

CONSUELO.—¿Y en la voluntad?

PEDRO.—Yo lo creo.

CONSUELO.—¿Y se hacen cosas que no se quieren hacer?

PEDRO.—Justo: que se ignora que se hacen en el momento de la acción... Y son visionarios unos, víctimas de un exaltado misticismo, en cuya pendiente ha estado Cruz, y otros, por educación ó por temperamento, caen en las sugestiones del crimen, y algunos... los más, padecen espasmos lujuriosos de la materia... Pero de eso... no entiendes tú.

CONSUELO.—Nó, de nada; te digo que de nada. Pero si es verdad lo que dices, Cruz... ó uno que esté en el caso de Cruz... haga lo que haga, no lo hace él...

PEDRO.—No digo... si estuviera sano, es posible que nó.

CONSUELO *(con expresión)*.—¡Es inocente!

PEDRO *(sonriendo y acercándose al otro grupo)*.—¡Jesús, y qué problemas plantean estos diablos con faldas!

PALMIRA *(en la puerta del comedor)*.—Señora, la cena. *(Sale.)*

PEDRO.—A cenar... Con el trote que me di y el alegrón que se me ha metido en el alma, ¡no es apetito el que tengo!... Pero, calle, ¡y nos habíamos olvidado totalmente del novio! Hija, ¿te has enamorado de un fantasma?

D.^a LUCÍA.—Le decía hace poco á Consuelo que me extraña cómo no está aquí. ¿Se habrá extraviado en esos caminos?

CONSUELO *(encogiéndose de hombros)*.—¿Es hora de cenar? Pues se le vuelca el plato; déjenle bajo la mesa... Cenemos. Quizás sus ocupaciones le hayan impedido salir, y no ayunaremos hasta que se presente. El vendrá, si es de ley. ¡Jesús, María y José! *(Bostezando.)* ¡Qué hambre!

PEDRO *(riendo)*.—Bien seguro que no te quitará á ti el sueño ningún hombre. *(A doña Lucía.)* Deme usted el brazo. *(A Consuelo, burlonamente.)* ¡Ponerte tú seria, como quiere doña Lucía que se pongan los que piensan en casarse! *(Saliendo.)* Pero de cierto, llamándola á usted, he llamado á la dicha... al consuelo de mis angustias... al... *(desaparecen por la puerta del comedor.)*

CRUZ *(deteniéndose frente á la puerta del jardín)*.—¡Has cerrado las puertas á tu felicidad!

CONSUELO *(que ha seguido con Cruz á su madre y á Pedro)*.—Las he cerrado, sí; necesité de todos mis alientos y de toda mi voluntad para aquel sacrificio... ¡y me pareció que iba á ser cobarde! Si se queda... Pedro me lo habría conocido á mí en la cara, y á ti, y á él... Nó, nó; era claro: por tu decoro y por el mío, y por la dicha de Pedro, y por la santa paz nuestra. ¿Lo ves? *(Empujando la puerta.)* No cede, no se abre; ¡ay, hermana! ¡Las he cerrado al soplo de la tentación!

FIN

J. F. Luján.

LA ALCOBA

Yo vi la alcoba envuelta en el misterio
de los viejos altares, silenciosa,
con el mutismo intenso que precede
á una explosión de notas.

El templo del amor es el gran templo
de aquella eterna voluntad creadora,
que incuba mundos para dar un árbol
al nido de la alondra.

Y sentía bullir bajo mis plantas
los gérmenes de vida que atesora
la madre tierra, y proclamar su triunfo
en cánticos de gloria,

mientras absortos los esposos nuevos,
en el gran libro de la ciencia ignota,
descubrían secretos no soñados,
al descifrar sus hojas.

**

En la historia ombría del pasado,
hay un punto de luz, de donde brota



CAPRICHIO

eterna claridad que á los humanos
sonríe cariñosa.

Del Edén la leyenda no es un mito:
no creó el poeta la mansión de gloria,
donde ardiente estallara el primer beso
de las primeras bodas.

Que la madre Natura precavida,
á la primer pareja venturosa,
rodeó de solícitos cuidados
en su lecho de rosas.

Las espinas quitó de los zarzales;
tendió en su cielo inextinguible aurora;
acalló sus afanes tormentosos
y el rigor de sus olas,

para salvar la cuna de los hombres
de los peligros que la infancia aporta,
y asegurar del porvenir radiante
la cosecha abundosa.

Una vez ya segura la simiente,
dejó á los hombres con sus fuerzas solas,
en medio de la lucha que aun persiste
á través de la historia.

Crímenes y virtudes se suceden
sobre el haz de la tierra; y victoriosa,
en tanto sigue su labor constante
Natura creadora,

en el mar, y en el cielo, y en la tierra,
en el misterio de nupcial alcoba,
do el porvenir les muestra á los humanos
el amor con su antorcha.

**

Yo vi la alcoba envuelta en el misterio
de los viejos altares. Religiosas
emociones embargan mis sentidos
y mis potencias todas

Retrocedo á los tiempos del pasado
y veo al hombre, con sus ansias locas,
pasar ante mi vista, en sucesiones
de nublados y auroras.

Recuerdos que se juntan y condensan
al rededor de la callada alcoba;
resumen de la historia de los siglos
es la noche de bodas.

F. BLANES VIALE.

AÑORANZA

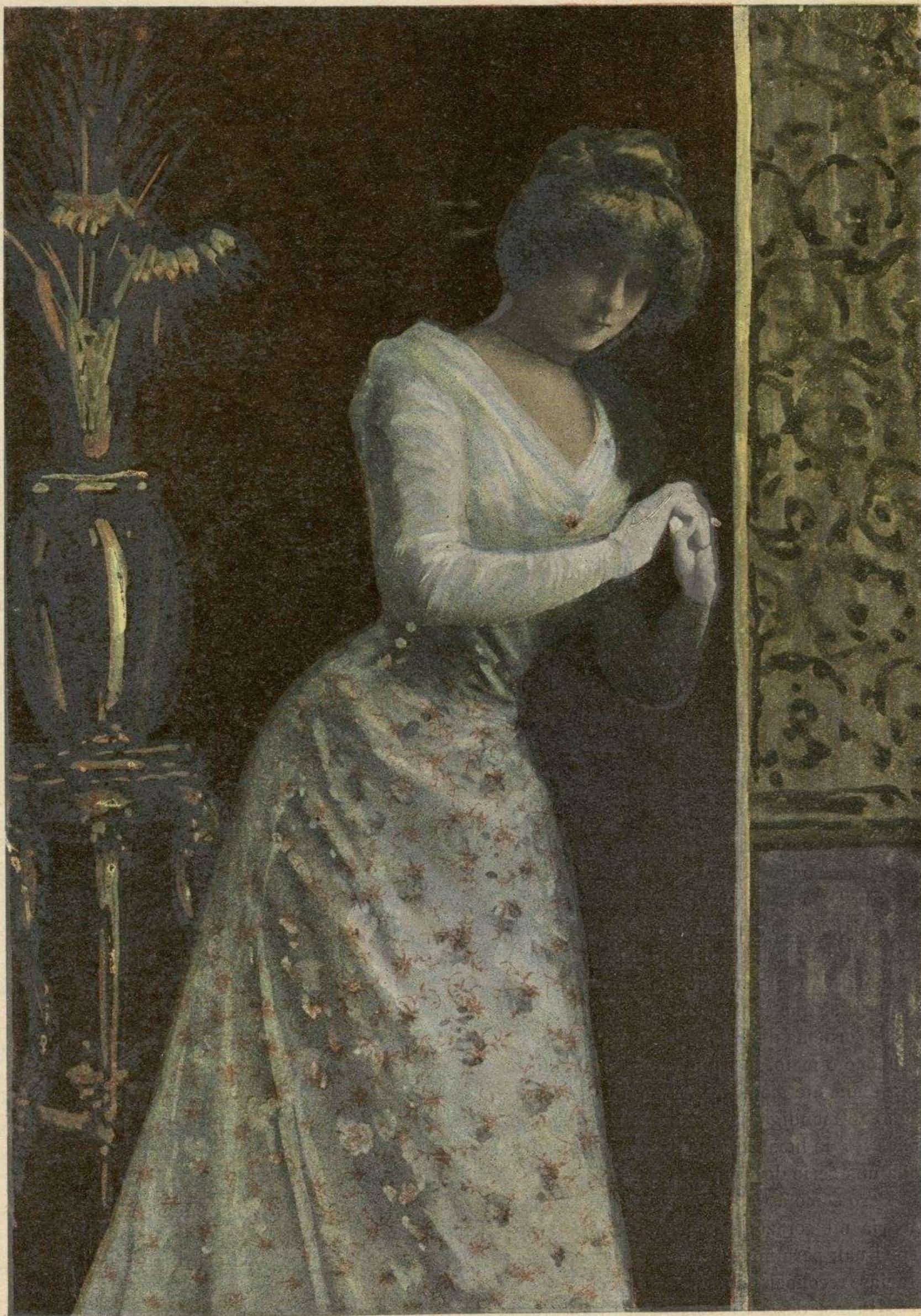
Yo amaba á una niña
de blondos cabellos
y serenas pupilas azules
cual trozos de cielo.

La grana y la nieve
formaban su cuerpo,
mas la muerte llevóse la grana
dejándose el hielo,
y entonces la niña
de blondos cabellos
se dobló cual se doblan las flores
al soplo del cierzo.

Llevarónla en hombros
á su último lecho.
Resonaron despues en la torre
del bronce los ecos,
y el tiempo pasando
mató su recuerdo.
¡Mas aun siento de mi alma en el fondo
que tocan á muerto...!

JOSÉ NEBOT SABATER.

QUIEN ESCUCHA, SU MAL OYE



—¡Que está loco! ¡Que se muere!
¿Que no ha sentido...? ¡Habrà vill!

Hace sólo un cuarto de hora
me ha dicho lo mismo á mí.

¡LOCO...!

A JACINTO RIBEYRO

EN uno de esos días en que el *simpático* levante se dejaba sentir con mayor intensidad en Cádiz, la mágica capital andaluza, cuna de la libertad y de las bellezas más sugestivas, punto donde por entonces yo residía, tuve que hacer un viaje á uno de los pueblos de aquella provincia, célebre por sus selectísimos vinos, que le han popularizado en todo el Universo, cuyas naciones, en su constante afán de vejarnos, no han podido por menos que reconocer que algo tiene nuestra España muy sobresaliente, y que, unido á otras cosas, no muchas, pero las bastantes para denegar especie tan absurda, hacen que se olviden algún tanto ciertos atrasos, que quizás hayan nacido al calor de una indolencia tradicional más que á las pocas aptitudes de nuestros hombres.

El tren se deslizaba rápidamente (?) envuelto en una nube de polvo, que, unido al calor sofocante que allí se siente en el mes de Agosto, hacían imposible el poder respirar con la holgura necesaria.

No pudiendo resistir aquella atmósfera pesadísima, decidí cerrar las ventanillas del coche; pero antes de realizar mi propósito, acompañado de arena, pedazos de papel y basura, penetró violentamente en el departamento, una especie de cuaderno con cinco ó seis hojas sucias y estropeadas, como es de suponer, dada la procedencia.

Lo cogí, y tras de correr la cortinilla para que los rayos del Dios Apolo, que en su carrera triunfal brillaba espléndido en cielo de zafiro, me dispuse á curiosear aquellas hojas, llegadas á mis manos tan originalmente.

La primera ojeada me bastó para comprender que se trataba de un fragmento de algunas memorias, y aunque mi estado no era el más á propósito para reconcentrar toda mi atención en un asunto que tan poco podría interesarme, concluí por decidirme á leer aquellos apuntes, dado que me faltaba algún tiempo para llegar al final de la jornada y temía con razón pasar un rato molesto, dadas las condiciones en que hacía aquel recorrido tan atractivo, cuando el tiempo es plácido y tan insoportable cuando sopla ese aire tan temido allí, más que en ninguna otra época del año, en el verano, pues sus efectos, unidos al calor, son de los que desesperan.

* * *

«Si al acometer una empresa no sabes si ésta es buena ó mala, abstente.»

El pensamiento me era conocido, como lo era de todo el mundo; su procedencia sagrada también; pero, sin que esto sea un golpe de erudición, puedo apuntar que en una de las obras filosóficas de *Voltaire* aparece ese mismo axioma, sin añadir ni quitar palabra; y digo esto, porque me asaltó el temor de que aquellas páginas fuesen los devaneos de algún cerebro enfermo, de un filósofo de á real y medio, ofuscado por las lecturas volterianas. Pero pronto deseché esta creencia al observar que continuaba así:

«Acordéme de la popular máxima del ilustre literato francés; pero yo tenía trazado mi plan, y, bueno ó malo, lo ponía en práctica, sin importarme un ardite los resultados.

Solamente me acordaba de que mi madre murió; moría en la miseria; de que mis hermanos andaban mendigando, y de que yo, siempre tras ideales y ensueños fantásticos, había olvidado todos los de hombre y de hijo. ¡De ahí mi vergüenza y mi decisión á regenerar con un solo hecho toda una serie de locuras!

Pero como á todo se le ve el final en la vida, también lo tuvieron mis azares, iluminando la alegría mi corazón, amargado hacía tanto tiempo. Ciertamente que aquel goce era puramente espiritual; pero mis ilusiones eran tan intensas, que con esto sólo me conformaba y á Dios daba gracias, reconociendo su grandeza.

Mi amor desmedido hacia la literatura, la gloria á que aspiraba, no para mí, sino para ofrecerla á la mujer que con sus desdenes me había enloquecido, me impulsaron á escribir una obra dramática, en la que cifraba todas mis esperanzas. Recorrí con mi producción algunos teatros, y

cuando ya me conceptuaba el más desgraciado de los seres, al observar la indiferencia con que todos me trataban, encontré un hombre, en quien parecíame encontrar un protector. Este me aceptó el manuscrito, prometiéndome darme á conocer, pues la hermosura de mi trabajo le encantaba y consideraba un crimen el no sacarme del montón anónimo.

Pasaron algunos meses y acudí á inquirir algo referente á mi producción; pero sufrí una de esas decepciones que anonadan al temperamento más enérgico. Después de tantas promesas, se me engañó villanamente por aquel canalla, que queriendo sentar plaza de Mecenas, había destrozado un alma horriblemente, por cuanto que la última esperanza que en el mundo me restaba era aquélla.

No podía resignarme á tantos desengaños como venía sufriendo y otra vez volví á mendigar á aquel infame alguna atención; pero nada, el desprecio, la negativa grosera velada por una cortesía irritante, eso fué lo que obtuve. Rabioso, loco, decidido á saltar por todos los obstáculos, lo que era humildad se trocó en arrogancia, é imponiéndome, cogí al miserable aquél que me había burlado por un brazo, y con acento iracundo le insulté y amenacé, agitándole convulsivamente.

Ante mi furor, temeroso, buscó mil disculpas que me hicieron refrenar algo; le solté, y cuando quise dirigirle nuevamente la palabra, observé que había desaparecido.

Mi excitación era tal, que no comprendí lo comprometido que resultaba el continuar por más tiempo en aquel lugar. No pasó mucho tiempo; cercano rumor me hizo mirar instintivamente la puerta y dos guardias aparecieron. Me amarraron como al más indigno de los criminales. Salimos á la calle, donde se habían reunido multitud de curiosos, que exclamaron al verme:

—¡Pobrecillo! ¡Está loco!

Efectivamente, temí que aquel rudísimo golpe extraviara mis facultades.

Pocos días después era recluso en un manicomio. Cuando alguna visita entraba en aquel triste establecimiento, á mí se me presentaba como uno de los más sobresalientes ejemplares de aquella casa.

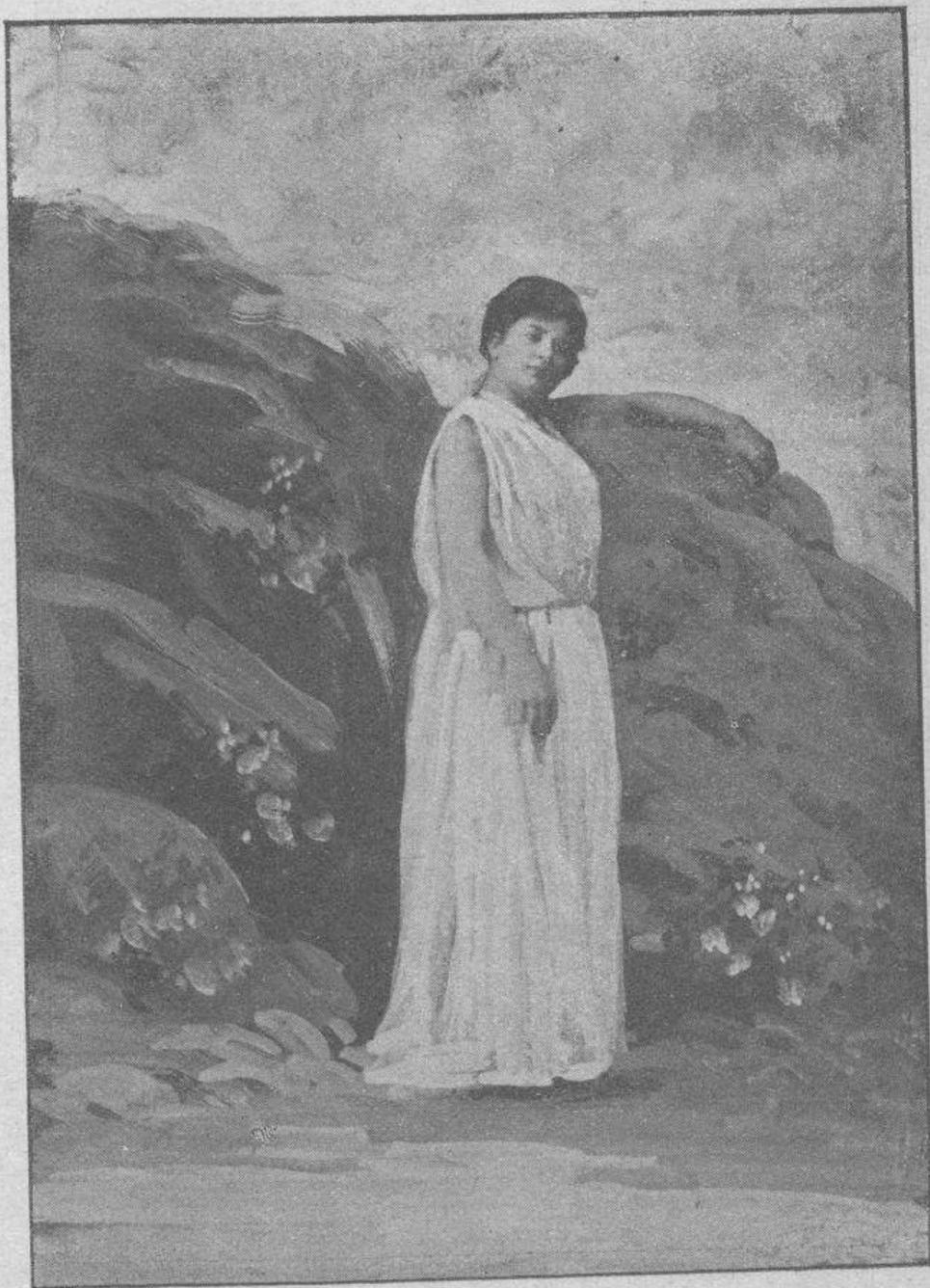
Decía el empleado, señalándome: —¡Ese es un *pacífico*; es un *compositor* de dramas!

Lloré mucho; pero mis lágrimas las interpretaban como una consecuencia natural del estado en que, según ellos, me encontraba, concluyendo por resistir valeroso mi infortunio, olvidándolo todo y aceptando á la fuerza mi situación. Tanto es así, que yo mismo me creí efectivamente loco; solución lógica, pues de esa manera mi estancia, pasado algún tiempo, me sería relativamente agradable, tranquila y ajena en todo á las pequeñeces que se desarrollan en el mundo de los cuerdos.»

*
* *

El silbato de la locomotora y la trepidación de las plataformas, me anunciaron la llegada al punto á donde me encaminaba, coincidiendo con la terminación de la lectura de aquellas líneas, que me dejaron tristemente impresionado, mas sin poder aún reconocer en aquel desgraciado si era un loco realmente ó una gran inteligencia.

M. ESCALANTE GÓMEZ.



—Si así se hallara el monte, di, ¿no irías al monte tú, lector, todos los días?

¡MADRE MIA!

POCO me afecta el estrépito de juramentos é imprecaciones; pero si una voz varonil, velada por la pena, opaca por el dolor ó entrecortada por el sufrimiento, pronuncia las palabras que encabezan estas líneas; experimento tal sensación de angustia, que un escalofrío febril estremece mi cuerpo y padezco moralmente lo que no tengo palabras para expresar. Las he oído decir en tales ocasiones; me impresiona-

ron tanto, que voy á comunicar á los lectores algunos de mis recuerdos.



Viéndola, dice cualquiera:
me gusta esta lavandera.

La pícara curiosidad (vicio dominante de los madrileños), el deseo de *ver lo que pasa*, me incitó á escaparme sigilosamente de casa de mis padres, el tercer día de las jornadas de Julio de 1856. Hallábase la lucha en el momento en que el general Concha, con una columna de 3.000 hombres, y después de haber abierto á cañonazos la Puerta de Toledo, atacaba la famosa plazuela de la Cebada, donde el célebre *Pucheta*, al mando de 500, entre paisanos y milicianos, se defendía bizarramente, haciendo durar más de cuatro horas aquel combate desigual.

Cuando la tropa se posesionó de la plazuela y calles colindantes, escapé yo por las más extraviadas para volver á mi casa; pero, cerca de ella, me encontré cortado por un grupo de catorce ó diez y seis paisanos, cajistas del periódico de Sixto Cámara, *La Soberanía Nacional*, que después de haberse batido contra una compañía de cazadores en la plazuela del Progreso, cedían ante el número, y bajaban á escape á ocupar una barricada construída en la esquina de la calle de Lavapiés con la de San Carlos.

Vivían mis padres en la calle de Lavapiés, cerca de la plaza del Progreso; no me separaban de mi casa más que unos cincuenta pasos, pero avanzaba la tropa haciendo un fuego terrible y me fué imposible salvar esa distancia, viéndome forzado á seguir con los paisanos á buscar el refugio en la barricada.

En seguida se formalizó el fuego, obligando á la tropa á detenerse y resguardarse en los portales de las casas. Yo, que no llevaba arma ninguna, me cobijé en la esquina de la calle de San Carlos, para presenciar aquel desastre, pues no merecía el nombre de combate. Los paisanos,

faltos de municiones, se fueron retirando. El uno rompía contra la esquina la vetusta escopeta, el otro soltaba el fusil con ira, aquél destornillaba la llave para inutilizar la carabina. Unicamente seguían batiéndose con un encarnizamiento digno de mejor causa, un arrogante mocetón de veinticuatro á veintiséis años, que llevaba pantalón de miliciano, pero que iba en mangas de camisa, y un cajista de barbas entrecanas y cara tiznada por la pólvora y por la tinta de imprenta; es decir, por el doble tizne de la Revolución.

El mocetón, disparó su fusil, después de apuntar cuidadosamente, y debió quedarse mirando el efecto de su disparo, porque, en vez de retirarse del parapeto, se apoyó sobre él algunos momentos. De repente le vimos dar un salto hacia atrás, caer de espaldas, dar una vuelta sobre sí mismo, y volver á quedar de espaldas. Hizo un esfuerzo para levantarse, apoyándose sobre el brazo derecho, pero no pudo, y entonces nos fijamos en que, hacia el estómago, manchaba su camisa un tremendo borbotón de sangre.

Entonces el cajista me gritó con sequedad:

—¡Cógele de los pies y agáchate!

Esta recomendación no era necesaria, porque las balas que no se estrellaban en la barricada, silbaban siniestramente por encima de nuestras cabezas.

Llevamos en volandas al herido por la calle de San Carlos. En una barbería, en vez de la cortina de dril listado, colgaba una sábana, en la cual estaba pintada con carbón una cruz, y debajo el letrero de *Hospital de sangre*.

En él estaban heridos dos paisanos y tres soldados de Cazadores. En un catre de tablas con un mísero jergón de paja depositamos al herido, que, por orden del médico, desnudamos sin tardanza. Al descubrirle el

pecho, debajo del esternón, y al borde de las costillas, tenía un agujero no muy grande causado por una bala Minié, pero del cual, á cada aspiración del herido, salía una oleada de sangre.

El mocetón, con el ánimo entero y una tranquilidad admirable, se dirigió al médico, diciéndole:

—Cúreme usted pronto, que no me siento bien.

(Concluirá.)

JACINTO RIBEYRO.



Y para que el amor no se enfriara,
Héro, en la roca, con tesón volando,

todas las noches el deber tenía
de alumbrar el camino de Leandro.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Esos fuertes accesos de tos acompañados de sofocación y cansancio que tienen muchos enfermos del pecho y garganta y que les impide conciliar el sueño, desaparecen con el **Elixir Rebing**.—Droguerías de Vidal y Ribas y Vicente Ferrer y C.^a

La simpática María,
dueña de una cerería,
me dijo de Luis Reguera
que su amistad admitía
porque de sobra sabía
es noble, franca y *sin-cera*.

Los niños terribles.
Una solterona que tiene empeño en parecer joven,
pregunta á Juanito, niño de cinco años:
—¿Serías capaz de adivinar cuántos años tengo?
—No me es posible, señora.
—¿Por qué?
—Porque no sé contar más que hasta cincuenta.

En familia:
—Pero, hijas mías, no sabéis hablar más que de vestidos. ¿No sería mejor que hablaseis de cosas más elevadas?
—Tienes razón, papá; hablaremos de sombreros.

—¿Se casó usted por poderes?
—¿Por poder?... Muy al contrario:
era algo rica mi novia,
y yo, cuando di aquel paso,
me casé por... *no poder*...
vivir sin tener un cuarto.

Gedeón se ha separado de su esposa, y al saber que al cabo de algún tiempo ésta ha dado á luz un niño, exclama alborozado:

—¡Al fin el cielo ha bendecido nuestra separación!

Tiempos atrás condenaron á muerte, en Francia, á un individuo á quien el juego había conducido al crimen.

Tan dominado estaba por su vicio favorito, que, al ser llevado á la guillotina, dijo al verdugo:

—¡Corte usted!

De cada *cien* solteros,
noventa son piratas callejeros.
De cada *cien* maridos,
noventa y cinco son unos perdidos;
y de cada *cien* viudos,
los *ciento* son viciosos testarudos.
*No olvide la mujer nunca estos datos,
y se ahorrará bastantes malos ratos.*

* * *

De cada *cien* solteras,
las *noventa* jamás aman de veras;
de cada *cien* casadas,
noventa y cinco al hombre hacen tajadas;
y de cada *cien* viudas,
las *ciento* son tan falsas como Judas.
*Muchachos que juráis amor eterno,
ya sabéis el camino del infierno.*

¡Si seré yo desgraciado!
¡Estoy lejos de mi madre
y dicen que está expirando!

M.

Charada

Cuando empieza la *una tres*
siento tristeza en el alma.
Cuando veo un *dos primera*
lo miro con cierta lástima.
Y cuando estoy en la *todo*,
como y redacto charadas.

MORENO.

Cruz

* *
* *
* * * * *
* * * * *
* *
* *

Substituir las estrellitas por letras de modo que, leído vertical y horizontalmente, resulten dos nombres de mujer.

RAFAEL AMÉZAGA.

Correspondencia

por CLAK

G. F. U.—Naturalmente, todos somos uncs, es decir, todos somos, según la frase vulgar, hijos de Adán y Eva; lo que pasa es que á lo mejor... ¡mire usted si tiene gracia!... unos no somos todos; porque hay quién debiera comer paja y quién se refocila ante un bancal plantado de verde y hay quién nó. Entre los primeros se halla usted, y usted perdone el modo de señalar.

Frasco —No tiene sal ese salero, querido.

D. P. N.—Lo siento mucho, pero me es imposible complacerle.

T. V. L.—Dice usted:

«Viendo tu gesto huraño,
y viendo tu cara cerril
y tus ojos de gato extraño,
pregunté: ¿dónde está Dios?

Y yo digo: —Pues Dios está en las alturas. Si no sabe usted verlo así, compre un telescopio; pero en lugar de dirigirlo hacia arriba, investigue usted lo que hay dentro de su cerebro. Nó; más vale que no haga usted tal cosa, porque perdería usted la razón.

T. S —Aprovecharé el logogrifo, pero ¡por Dios! hagan ustedes algo más original.

J. T.—La Tarjeta verá la luz fèbea. Lo demás irá... donde va lo que zozobra.

H. Z. M.—Acrósticos aquí... Vade retro.

J. M. A —No, señor; no son publicables, y lo siento por usted Otra vez será.

El Manitas.—El Manitas escribiendo endecasílabos... Perdone, hermano.

A. R. O.—Todo eso se lo cuenta á ella, bajo, muy bajo, y... se lo agradecerá; pero ¿en letras de molde?... ¡Usted no está bueno, joven!...

Prócida.—Perdone, señor, si le digo que la Intima no es de usted.

A. A. R.—Utilizaré un comprimido. Las charadas no sirven.

J. C. P.—No puedo complacerle.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Rombo

```

      *
    * * *
  * * * * *
    * * *
      *
    
```

Sustituir las estrellitas por letras, de forma que vertical y horizontalmente se lea: 1.^a, consonante; 2.^a, en el mar; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, flor, y 5.^a, vocal.

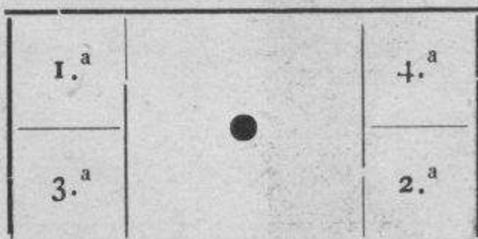
EL NIÑO DE LA BOLA.

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 Nombre de varón.
6 7 5 4 5 7 Arte.
5 1 6 1 5 Verbo.
6 7 5 7 Animal.
4 2 4 Letra.
2 1 Nota musical.
3 Consonante.

ALBERTO DAROCA.

Salto de pulga



1.^a, 2.^a Tiempo de verbo.
1.^a, 2.^a, 3.^a Fruto.
1.^a, 2.^a, 4.^a Tiempo de verbo.
2.^a, 1.^a " " "
2.^a, 3.^a En el ajedrez.
3.^a, 3.^a, 4.^a Utensilio de cocina.
3.^a, 2.^a En la gramática.
4.^a, 1.^a Tiempo.
4.^a, 4.^a Adjetivo.
4.^a, 2.^a Parte vegetal.
2.^a, 2.^a Parentesco.
1.^a, 2.^a, 3.^a, 4.^a Planta.

FRAY CABRIOLA.

Fuga de vocales

C.,ndo t. v., r.z.r
.nt. .l .lt.r d. S.n P.bl.,
l.y, v.d.t. d. m. v.d.,
q., .nv.d., l. t.ng. .l S.nt.!

DON CELESTE.

Soluciones á lo insertado en el núm. 520

CHARADA.—Conejo.
GUITARRA NUMÉRICA.—Rosalia.
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Cristóbal.
ROMPECABEZAS.—Lucía de Lamermoor. (Cuadros, 3-A, 1-B, 2-C y 4-D.)



LA SAETA



20 cénts.

Núm. 522

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA Ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, **4 pesetas**.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE Ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.	LA CHOZA DE TOM Ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
LÁZARO EL MUDO Ó EL PASTOR DE FLORENCIA.	VALENTÍN EL GUARDACOSTAS Ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.	LA ESPOSA MÁRTIR Ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.	ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª
ENRIQUE DE LAGARDERE Ó EL JOROBADO.	EL TENORIO DE BELCHICHE.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.	ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
CORPUS DE SANGRE Ó EXPIACIÓN.	LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.	PRESA DEL DIABLO.
LA HIJA DE LA MUERTA.	ANDRAJOS Y DIAMANTES.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.	ENRIQUETA.
CORAZÓN DE MADRE.	UN MOZO APROVECHADO Ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.	LA CRUZ DEL MONTE.
ABANDONADA EN EL MUNDO.	EQUIVOCACIÓN FATAL.
CALVARIO DE AMOR.	MUJER Y ÁNGEL.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.	FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)
CORAZÓN EN LA MANO.	EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.	EL SUEÑO DEL ARTISTA.
EL PERDÓN DEL MARINO.	POBREZA Y VIRTUD.
LÁGRIMAS DE HIELO.	
EL REY DE IMERECIA.	
EL CUENTO DE MARÍA.	

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

A más se regalará á los Sres. Suscriptores una preciosa oleografía representando una marina
El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.